

En una intersección: Freud

José Luis Serra

Sociedad Freudiana de Alicante

Un interés personal me lleva a pensar que el estudio de la obra de S. Freud, cuya densidad por sí misma podría absorber la atención de quien se acerca a ella, se enriquece en su comprensión cuando se sitúa al autor en el contexto del desarrollo de las ideas y más concretamente en el espacio y el tiempo de la producción de su obra. Amplia pretensión ésta que sólo podré realizar de forma parcial en este artículo de síntesis, donde las anotaciones están referidas a las condiciones de posibilidad necesarias para el surgimiento de Psicoanálisis; teoría, a la que no es exagerado nominar de revolucionaria por la subversión que introduce en el Discurso de la Ciencia y que surge a modo de «síntoma» entre la encrucijada de un «mecanicismo-empirista» y un «vitalismo-irracional». Sobre estos dos ejes se plantea mi reflexión.

Es al final del siglo XIX y en Viena, capital del Imperio Austro-Húngaro, donde tiene su inicio este saber vinculado a la verdad de su tiempo de la mano de un neurólogo que no se aviene con el reduccionismo con que sus colegas simplifican el hecho de la enfermedad a una textura espacial y visible en movimiento, concepción ésta surgida del naturalismo fiscalista que había llevado al saber médico de la época precedente a descubrimientos importantes en sus investigaciones de patología celular y de fisiopatología físico-química. Freud busca «otra cosa» que diera explicación a aquellas enfermedades, que ya Bichat a principios del XVIII había clasificado de «sin lesión orgánica», las afecciones nerviosas, que en el XIX habían cobrado una relevancia considerable y que Charcot, educado en la tradición anatómico-patológica francesa, acostumbrado a buscar la regularidad sucesiva de los síntomas y a establecer con ella entidades morbosas, en la histeria había descubierto una «nueva» enfermedad.

Charcot se explicaba la histeria

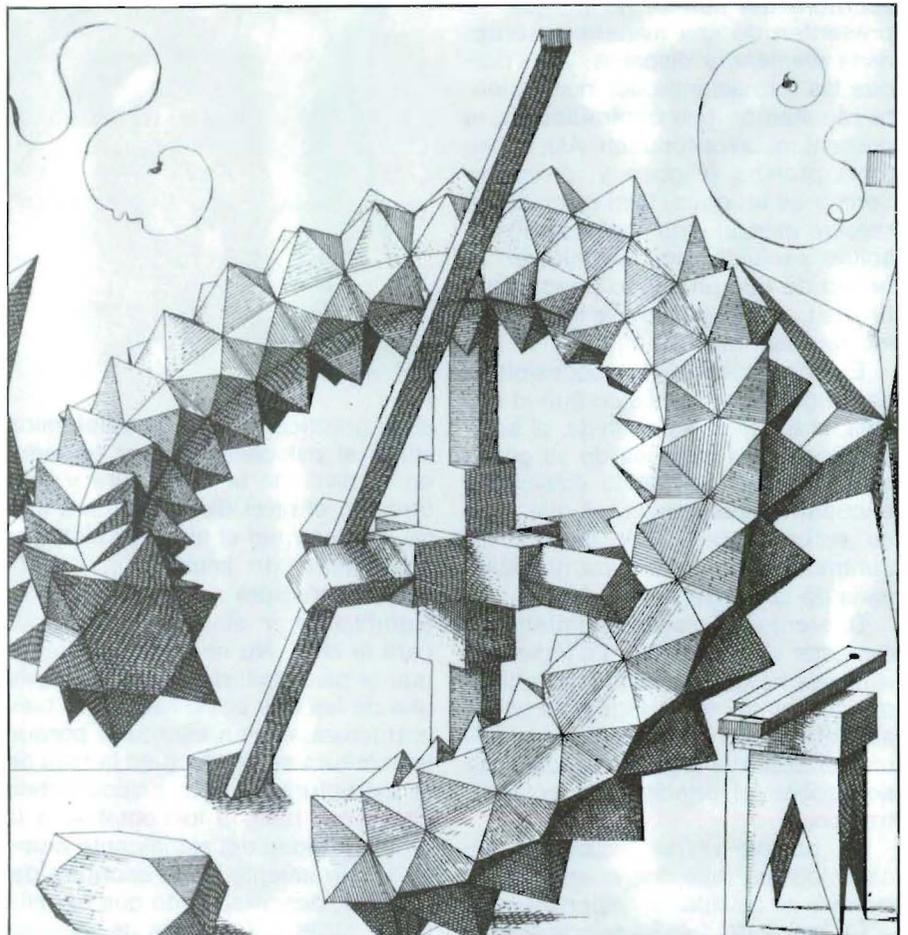
admitiendo que: «una idea fija en el espíritu, reinando sin control, puede adquirir bastante fuerza para manifestarse **objetivamente** como parálisis, agitación o insensibilidad». Es esta concepción, que una «idea» pueda producir síntomas patológicos orgánicos, realmente algo novedoso y que producirá una posibilidad de apertura en el pensamiento médico de la época; oportunidad que un alumno aventajado como Freud no dejará escapar.

La «idea» en el siglo XIX, fundamentalmente a consecuencia del desplome que a principios de siglo se ha producido en el movimiento del Idealismo Alemán, está lejos ya, incluso para los racionalistas, de ese imnatismo platónico donde se la con-

sideraba como «la verdad de la cosa, previa a lo real», más bien la idea de la que Charcot nos habla es, como para la psicología Asociacionista de la época, un elemento o contenido de la conciencia. Es la idea del empirismo de Locke.

En el tránsito de la Idea como imnata y esencia de lo real, a la Idea como representación de la cosa, separada de ella y elemento de la conciencia podemos ver un recorrido, en la Historia del Pensamiento, a cuyo paso quedarán delineadas dos vías de acceso al conocimiento de la realidad: Empirismo y Racionalismo, doctrinas: estas que coexisten e impregnan el pensamiento científico del siglo XIX.

El inicio de lo que podríamos lla-



mar una Ciencia Natural Experimental, forzando un poco los términos, lo podemos encontrar como producto de aquella cuidadosa separación de G. de Occan, el llamado «Venerabilis Inceptor», estableció al final de la Edad Media entre Filosofía y Teología al postular que la Teología no es una Ciencia y con ello salvar, de la hoguera, la excesiva penetración de la Filosofía en las cosas. Para este Franciscano, acusado de heterodoxo por la corte de Aviñón, las ideas «son signos de las cosas», no son las cosas ni están en las cosas, se limitan a significarlas; este axioma que funda el Nominalismo es la forma de pensar de los empiristas para quienes la experiencia de lo particular les permite llegar al conocimiento.

La idea de «realidad individual», fruto del pensamiento nominalista, no sólo da inicio a la investigación natural, sino que también asienta el «positivismo jurídico», es decir la sociedad es una realidad de hecho, no una esencia inteligible, ello favorecerá la soberanía política independiente de la fe. Esta insistencia en el conocimiento de las realidades singulares restaura la curiosidad respecto al mundo y prepara el camino para el Renacimiento. Para los empiristas no hay «ideas previas», es la observación la que produce impresiones sensibles en la mente; estos investigadores se atienen a lo dado y fundamentalmente lo dado por los sentidos.

En el Racionalismo, producto de «cogito» cartesiano, encontramos la herencia platónica del innatismo de las ideas, pero, como señalan algunos autores, en un Idealismo Moderno salpicado por la toma de conciencia del hombre en tanto tal que marcó el Renacimiento. La duda en Descartes, «principio evidente» pretende llegar a la certeza del Saber Absoluto a través de un Método que, a diferencia del aristoyélico, cuyo fin era ordenar y demostrar, sirva para «inventar y descubrir». Si en el siglo XVII la razón es un principio de deducción, en el XIX es una «fuerza para transformar lo real», no es un atributo del alma, es una facultad que se desarrolla con la experiencia, y, eso sí, va al principio, esta resignificación del concepto es deudora de la mentalidad caracterizada por el optimismo del poder del hombre frente a la naturaleza que se dio en el llamado «siglo de las luces».

Los antecedentes más directos de la obra de Freud los podemos encontrar en las grandes corrientes de la psicología positiva del siglo XIX: el Asociacionismo, el Materialismo Psicofisiológico, y el Evolucionismo. Será Locke, empirista inglés, pero «entrelazado», como dice Ferrater Mora, con no pocos motivos y supuestos de índole racionalista, quien profundiza en las asociaciones de ideas y caracteriza en las operaciones realizadas con éstas la función del pensamiento. Hume hace una distinción entre impresiones e ideas en función de la «intensidad de fuerza» y tiende a derivar todas las ideas de impresiones originarias. El giro hacia la psicología positiva de estos principios vendrá, fundamentalmente, de la mano de J. S. Mill, quien establece las «leyes clásicas de asociación»; para este autor y el asociacionismo en general en los procesos psíquicos no hay dirección, los asociacionistas buscan explicaciones lógicas de los procesos mentales sin hacer intervenir tendencias o propósitos.

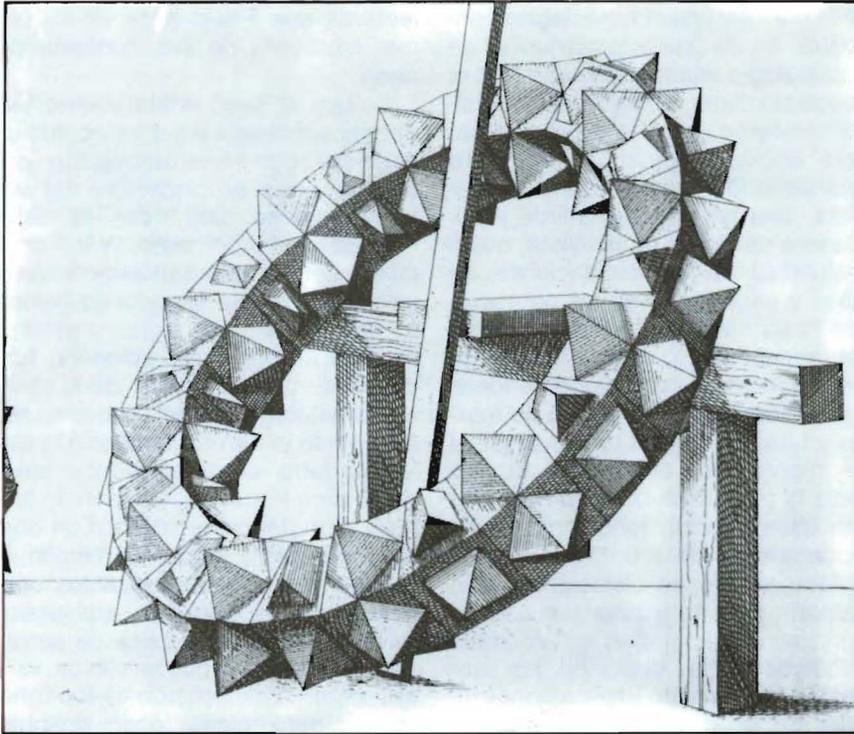
La corriente asociacionista en Alemania será recogida, como testigo, por Herbart, quien tendrá una influencia notable en los Experimentistas, alguno de ellos Catedrático de Freud. Para Herbart las representaciones mentales obedecen a las mismas leyes que las «monadas» en Leibniz, una vez que se producen no desaparecen nunca; el olvido no es más que una ocultación momentánea y su recuperación siempre es posible gracias a las leyes de asociación. Es debido a que las representaciones tengan intensidad y fuerza que existe la posibilidad de que por debajo de unos mínimos queden reprimidas, ello nos hablaría de lo «no consciente» de lo latente pero actualizable si cambian las condiciones de equilibrio de los elementos. Esta articulación que produce Herbart tiene un matiz diferenciador de la tradición que unía a Locke con J. S. Mill y que identificaba a lo psíquico con la conciencia. Los experimentistas alemanes, no obstante, están marcados por un «ideal de medida», cuyo fin es determinar las leyes que vinculan los fenómenos físicos y fisiológicos con los mentales, en el sentido de una relación regular y cuantificable. Fechner, fundador de la Psicofísica, preocupado por la medición de la sensibilidad diferencial y el problema del umbral de excitación

tendrá un lugar de privilegio en las lecturas que Freud hace en un primer momento de sus contemporáneos.

Lo que se llamó «Materialismo Moderno» considera al espíritu como un aspecto del funcionamiento del cuerpo y más precisamente del sistema nervioso, casi todos los materialistas de fin del siglo XVIII y principios del XIX son asociacionistas y médicos; en este espacio de tiempo a caballo entre dos siglos la medicina dará un paso revolucionario fundando su clínica a partir de la «anatomía patológica»; este saber no había podido encontrar acceso a lo que lo fundaba científicamente sino, como dice Foucault, «dando con lentitud y prudencia la vuelta a un obstáculo decisivo, el que la religión, la moral y los obtusos prejuicios oponían a que se abrieran cadáveres». Es primero sobre la mesa de autopsias donde esta nueva clínica va a encontrar la explicación de los fenómenos patológicos, poco después surge la necesidad de una medicina fisiológica donde se observe la vida de los órganos en relación con los agentes que puedan ejercer alguna influencia sobre ellos. A partir de aquí el fenómeno patológico es percibido sobre un fondo de vida y la enfermedad, como dice Bichat, no tiene verdad, sino en los síntomas. Estas progresiones en la concepción del fenómeno patológico posibilitarán la separación entre enfermedades orgánicas y nerviosas, condición que nos sitúa a las puertas de Freud y su teoría.

Con el esfuerzo de analizar todos los fenómenos mentales y restituir su génesis, reducir lo complejo a la combinación de lo simple e introducir la clase de las propiedades de la síntesis, el asociacionismo preparó el camino del evolucionismo, quien puso de manifiesto toda la complejización de la estructura de lo vivo.

El evolucionismo introduce la causalidad psíquica posibilitando un dualismo metodológico más allá del determinismo mecánico, ya que en cierto tipo de montajes instintuales no hay forma automática de respuesta, sino que interviene el psiquismo. Spencer había formulado una «ley de Evolución» donde **etapas y jerarquía** son términos nucleares de su hipótesis; Darwin demuestra que las etapas no se inscriben de forma piramidal, en la que cada estadio sería una forma más compleja de la preceden-



te, ya que la idea de «selección natural» introduce un amplio margen de azar en la evolución, en las condiciones del medio con las mutaciones espontáneas y en su devenir. Introduce, pues, la posibilidad de «conflicto» en las etapas de evolución, ya que si algunas particularidades contingentes alteran el equilibrio de las fuerzas: «lo arcaico aplastará con su impulso salvaje los aspectos más refinados de las etapas anteriores de la evolución». Darwin, a diferencia de Spencer, subraya la permanencia actual de lo más atávico, más profundo, en todos sus aspectos, del hombre evolucionado.

La obra de Freud, fundamentalmente en un primer momento, no será ajena a estas corrientes que en el transcurso del siglo XIX tuvieron su emergencia. Así la búsqueda de un «mecanismo», en 1893, que dé cuenta de los fenómenos histéricos; el intento de 1895 donde, a partir del Proyecto de Psicología para Neurólogos, trata de encontrar, con el esquema del arco, reflejo en la anatomía cerebral, el plano de una verdadera ideología psicofisiológica: la creación de un modelo que tenga su base en la neurología y que siga la formulación económica entre excitación y descarga; o la comunicación a su amigo Fliess en la Carta 52 de 1896, donde le habla de un proceso de «estratificación» gracias al cual «los materiales presentes bajo la for-

ma de huellas mnémicas se hallan de tanto en tanto **reordenados**», nos ilustran, entre otros ejemplos que podríamos añadir, de la influencia que, en un primer tiempo, tuvieron el Asociacionismo, el Materialismo Psicofisiológico y el Evolucionismo en los escritos de Freud.

Pero si bien hemos atravesado, aunque de forma esquemática y apresurada, toda una línea de pensamiento que será condición de posibilidad para el surgimiento del Psicoanálisis y que en la época a la que nos referimos está marcada a nivel de la Ciencia por un mecanismo racional y empirista, esta condición será necesaria pero no suficiente, ya que la línea que hace intersección y que a modo de síntoma despierta una mentalidad burguesa mortalmente adormecida, es una profunda vena vital e irracionalista que produce un «empuje renovador» y que sacude particularmente la Viena de Fin de Siglo. Debajo de ese «todo lo real es racional», que afirmó Hegel, se anuncia y manifiesta como reacción lo más dionysíaco y atávico del hombre frente a una moral burguesa represiva, que con el beneplácito del positivismo naturalista había reducido al ser humano a una máquina de átomos y representaciones mecánicas. Esta «embriaguez mecanicista» con la que Bergson diagnostica a la ciencia natural surgida de las «luces» se mantuvo generalizadamente sorda a

una nueva forma de enfermar «real», que a final del XIX irrumpe en la escena social con una intensidad particular en forma de síntomas neuróticos y que no es otra cosa que la manifestación de lo pasional que hay en el ser humano y cuya represión había sido, era, baluarte de progreso y buen nombre en la Moral Victoriana.

Hacia finales de siglo se produce un movimiento de liberación en el ámbito individual, cuyos precursores más inmediatos son F. Nietzsche y R. Wagner, que posibilita una cultura estética independizada de la tradición racionalista y que es fuente de nuevos valores culturales donde la expresión de lo interno, como fruto de la verdad del sujeto, adquiere una dimensión de importancia. Así la pintura expresionista de Kokoschka que intenta plasmar lo indecible de unos rostros «ansiosos y sufrientes», o esa «lógica distinta de la composición» donde Schomberg quiere transmitir y expresar más que enseñar una técnica musical son muestras de este movimiento.

El intelectual y artista de 1900 marca el problema de la naturaleza de los límites del lenguaje y la expresión y de la comunicación; Freud está ahí y con su obra «Die Traumdeutung» nos enseña un nuevo objeto de estudio para la ciencia que producirá un efecto de ruptura de corte con lo anterior. En este autor se conjuga un espíritu positivo a la época y una tradición realista y trágica de dos aspectos que confluyen, dando expresión a una teoría el Psicoanálisis que revela y desvela al hombre como sujeto capturado por el lenguaje en el orden de un saber inconsciente.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- ASSOUN, Paul: *Freud y Nietzsche*. Ed. Fondo de Cultura Económica.
 BERCHERIE, Paul: *Génesis de los Conceptos Freudianos*. Ed. Paidós.
 FERRATER Mora, J.: *Diccionario de Filosofía*. Ed. Alianza Diccionarios.
 FREUD, S.: *Obras Completas*. Tomo I y IX. Ed. Biblioteca Nueva.
 LAIN ENTRALGO, P.: *Estudios de Antropología Médica*. Ed. Escorial.
 JANIK y TOULMIN: *La Viena de Wittgenstein*. Ed. Taurus.
 VALLEJO, A.: *Para una epistemología del Psicoanálisis*. Ed. Axis.